

Fernand Braudel

A manera de conclusión

Señoras, señores, queridos amigos:

Les hablaré en primer lugar un poco acerca de Fernand Braudel; aunque ya se haya hablado mucho de él, no he encontrado otro medio para poder abordar algunas de las grandes cuestiones planteadas en las discusiones de este coloquio. A continuación hablaré extensamente de los *Annales*, de los que se ha hablado también bastante. Pero yo intentaré mostrar ante todo en qué manera los *Annales* sirvieron de modelo, de paradigma, como dice mi colega y amigo el profesor Traian Stoianovich, y cómo se constituyó dicho modelo. Finalmente y sobre todo, con pasión, hablaré del nuevo Centro, de la revista que él publica y que se llama *Review*, sin ninguna otra indicación, lo cual demuestra un orgullo evidente. Hablaré también extensamente de la persona y de la obra del profesor Immanuel Wallerstein, cuya acción ha sido precisamente apoyada por este coloquio. Creo que no hemos hablado suficientemente acerca de lo que hace, de su revista y de su obra. Intentaré colmar esta laguna. En fin, en la Universidad nueva que se está creando, acaba de nacer una institución, o, si ustedes prefieren, hemos plantado un árbol; ahora es necesario que este árbol crezca.

Señoras, señores, yo me pregunto con un poco de inquietud qué imagen se habrán formado algunos de ustedes, después de este coloquio, acerca de un tal Fernand Braudel. No se ha hablado de él más que para elogiarlo o para indicar sus acciones más exitosas. Se ha hablado de él como si no tuviera más que atributos. Sé muy bien que la amistad me ha sometido a una prueba. Y esta prueba se llama “glorificación”. Digámoslo con franqueza, no son honores lo que desea un historiador que ame su trabajo; sus intereses no van en esta dirección. No crean ustedes que el objetivo de mi vida haya sido coleccionar honores; en lo posible, he huido de ellos, pero algunas veces me han atrapado sin yo quererlo.

Queridos amigos, mi vida ha sido la de un historiador preocupado ante todo por su trabajo personal, lo cual define una vida bajo el signo de un egoísmo intelectual perfecto. Cuando estaba elaborando o imaginando el libro que publiqué sobre el Mediterráneo, hubiera podido seguir viviendo durante años y años plenamente satisfecho en los diferentes archivos y en los diferentes paisajes del Mediterráneo si no hubiera encontrado, en 1937, a Lucien Febvre el cual me obligó a concluir. Y piensen que, una vez aceptada esta obligación, todavía me tardé diez años, hasta 1947, en acabar mi tarea. Sin embargo soy de los que trabajan rápido y escriben a toda velocidad. Alguna vez he dicho, y es cierto, que consigo escribir treinta, cuarenta, cincuenta páginas en un solo día. Lucien Febvre también escribía a toda velocidad. Llamaba a esto “echarse su página”. “Se echaba” su página con una rapidez sorprendente, pero, a diferencia de mí, él nunca rehacía sus trabajos. Pues bien, yo rehice el *Mediterráneo* no sé cuantas veces. Incluso en 1947, en el momento de terminar, me tomé un plazo suplementario de seis meses para rehacer seriamente la segunda parte, con gran escándalo de mis amigos, los cuales decían: “Oh, Fernand Braudel es simpático, pero ¡no acabará nunca su libro!”.

Finalmente lo acabé, y yo mismo me sorprendí, pero no estuve seguro de realmente acabarlo. Si a menudo vuelvo a poner mis trabajos en el bastidor, se debe a que no estoy nada tranquilo conmigo mismo. Para mí, los problemas nunca están resueltos de una vez por todas. Igualmente,

las ideas que se me atribuyen las he ido adquiriendo lentamente. Uno de mis grandes amigos, Georges Gurvitch, un sociólogo con el que he disputado mucho —no hay otra palabra— durante veinte años, pretendía que yo era filósofo y, como veía que esto no causaba un placer completo, insistía más y más en lo mismo. Incluso pretendía que yo era un teórico, y añadía una palabra pérfida: un teórico “imperialista”. Con ello quería decir alguien que se ocupa demasiado de los asuntos de los otros; me reprochaba ser un historiador que penetraba en el dominio de las ciencias humanas para sentar su ley y gritar muy fuerte para presentar e imponer sus exigencias.

En realidad yo nunca me he elevado al nivel de la teoría, al nivel de la “filosofía”, como decía Gurvitch, sin ser forzado a ello. Si acerca de cualquier tema, ya sea el Mediterráneo u otro más reducido o más amplio, se van acumulando los conocimientos y los testimonios, en un momento dado uno se ve obligado a organizarlos. La historia es una reconstrucción. Pues bien, en el momento de reconstruir una casa, es necesario tener un plano de conjunto, ciertos conceptos y ciertas hipótesis. Fue así como, al construir mi libro sobre el Mediterráneo, me vi llevado a dividir el tiempo de la historia según sus diferentes velocidades, según sus diferentes *temporalidades*. Creo que hay efectivamente tiempos rápidos, tiempos más largos, tiempos casi inmóviles. Pero fue al cabo de la empresa y no por una operación previa que llegué a esta concepción del tiempo de la historia. Igualmente, la *larga duración*, de la que me hice abogado, fue en un primer momento un artificio con el que superé ciertas dificultades tangibles. No pensé en la larga duración *antes* de escribir mi libro sobre el Mediterráneo.

Del mismo modo, la *globalidad*, la historia global que yo defendiendo, se me impuso poco a poco. Es algo extremadamente simple, tan simple que la mayoría de mis colegas historiadores no me entienden. Lo cual no les impide —por el contrario— atacarme con frenesí. Entonces, ¿quieren ustedes que intente explicarme con claridad, ya que este problema, que parece tiene que ver con mi persona, está en realidad en el meollo de las discusiones de este coloquio? La globalidad no es la pretensión de escribir una historia total del mundo. No consiste en esta pretensión pueril, simpática y loca. Es simplemente el deseo, al abordar un problema, de rebasar sistemáticamente los límites. No existe ningún problema histórico, en mi opinión, que esté rodeado de muros, que sea independiente. Permítanme que lo demuestre con dos ejemplos. Con lo cual se verá que no soy un filósofo, puesto que, cuando intento explicar un problema, ¡me apresuro a recurrir a los ejemplos!

A lo largo de mi vida, he dirigido un cierto número de tesis, generalmente buenas, a veces muy buenas, a veces excepcionales. Fui yo quien dirigió la tesis de doctorado de uno de los historiadores franceses más brillantes de la actualidad, Emmanuel Le Roy Ladurie, intitulada *Los campesinos de Languedoc*. Ahora bien, cuando no estaba de acuerdo con él, en las discusiones que sostuvimos, era precisamente en la medida en que estoy a favor de la *globalidad*. Para mí, los campesinos de Languedoc no son un sujeto autónomo, no son un sujeto en sí. Los campesinos no existen sin la tierra, sin los ríos, sin el suelo, sin la vegetación, sin los cultivos, sin las montañas, sin las colinas, sin la piedra, sin los caminos... Tan es así que entablé una lucha contra Emmanuel Le Roy Ladurie, pidiéndole una especie de estudio geográfico previo. Para mí era del todo necesario. Acabó por hacerme esta concesión, pero a regañadientes. Él no quería salir de su tema.

La segunda discusión entre él y yo tuvo lugar a propósito de los señores, de los cuales estaba decidido a no ocuparse. En la Francia del *Ancien Régime*, le decía yo, no hay campesinos sin señores. Esto no es cierto, respondía él, en el caso del Languedoc, donde no había *verdaderos* señores. Puede ser, pero en tal caso existían los *falsos*, y yo quisiera saber quiénes eran estos falsos señores. Ustedes no ignoran que el propietario de la tierra vive de la renta de la tierra y de la renta feudal, y que por tanto, al vivir de renta, generalmente habita en las ciudades. Pues bien, la ciudad es el mercado. Por ello, yo sostengo asimismo que no hay historia campesina sin

historia de las ciudades, y es bien difícil contradecirme en esto. Pero Emmanuel Le Roy Ladurie exclamó: “No, ya he trabajado demasiado; no quiero estudiar las ciudades”; y no las estudió.

Fue más conciliador en lo que atañía a mi última exigencia: tenía ante sí a campesinos desde finales del siglo XV hasta mediados o finales del XVII, o sea, un largo ciclo de vida agrícola. Este ciclo, que empezó con la rehabilitación de las tierras del Languedoc, tan desoladas hacia 1450, culminaba, después de un largo desarrollo, hacia 1650; entonces empezó un largo periodo de deterioro. Todo ello admirablemente presentado en su realidad concreta. Pero yo opino que, cuando estamos frente a una realidad tan importante, no una coyuntura banal, sino una coyuntura multiseccular, evidentemente es necesario estudiarla en sí y de cerca, lo cual es una forma necesaria de rebasar la historia campesina. Las dos o tres últimas páginas del libro de Le Roy Ladurie plantean este problema, lo plantean tan sólo. Esto no impide que su libro sea un libro magnífico. Pero personalmente no me sacia del todo.

Pueden ustedes ver, pues, lo que es para mí la globalidad en historia; un rebasamiento del conocimiento, un deseo de ir al fondo de los problemas.

¿Me permiten darles otro ejemplo? Está a punto de aparecer en Francia un libro muy notable, firmado por François Furet y Jacques Ozouf. Este libro, que ha significado investigaciones masivas e importantes, trata sobre la alfabetización en Francia en el siglo XVIII. François Furet y Jacques Ozouf distinguen entre la alfabetización tradicional, elemental, “aprender a leer”, y la alfabetización de segundo grado, “aprender a leer y escribir”. Ahora bien, si ustedes contemplan la Francia del siglo XVIII bajo el ángulo de “aprender a leer”, se darán cuenta de que la Francia importante es la del oeste, la Francia católica; el cristianismo es una religión de libro; es necesario saber leer para aprender las oraciones. Si se contempla, por el contrario, la revolución mucho más importante de la alfabetización de segundo grado, “leer y escribir”, nos damos cuenta de que la que lleva la delantera es la Francia del norte. Existe un contraste entre una Francia más viva, más cultivada, más rica, la Francia del norte, y la Francia del sur y del oeste. Ustedes pensarán que un tema como éste es maravilloso, en la medida en que “leer y escribir”: es el principio de una revolución bastante profunda; es salir de una civilización oral, de una civilización sagrada. De alguna manera es una desacralización, con las consecuencias que se pueden adivinar. Ahora bien, en lo que a mí respecta, no estoy plenamente satisfecho. Se lo dije a François Furet, quien aceptó mis argumentos.

En primer lugar, la alfabetización número 1 y número 2 existen mucho antes del siglo XVIII. Si hay desacralización cada vez que se aprende a leer y a escribir, se aprendía a leer y a escribir en las ciudades de Italia y en las ciudades de Europa desde los siglos XII y XIII. Después hubo una pequeña revolución que se llamó imprenta. Pues bien, yo quisiera saber lo que significó la imprenta. ¿Fue sólo para el uso de gente cultivada, sin tocar a las de un grado elemental de cultura? Y sobre todo, se imaginarán ustedes que no hay solamente *dos* alfabetizaciones. Si entendemos por alfabetización la entrada de las masas en una forma de cultura, no hay un escalón, ni dos escalones, sino toda una escalera. En suma, quisiera la continuación, saber cómo se difundió en el siglo XIX y hasta nuestros días lo que puedo llamar alfabetización, cultura elemental.

En fin, el estudio de la alfabetización muestra que la Francia del *Ancien Régime* es muy diversa. Ya lo sabíamos antes. Está compuesta de espacios diferentes, relacionados unos con otros a nivel cultural y social, a nivel económico, a nivel político. El problema de la división de Francia se ha de ver más allá de los problemas de la alfabetización, así como el problema de los grandes ciclos de la evolución se ha de ver más allá de la historia campesina del Languedoc. Como pueden ver, la globalidad se halla bajo el signo del sentido común, e incluso de la necesidad.

Se me ha acusado a menudo de imperialista. Pues bien, yo no soy imperialista. Un imperialista

ocupa ciertas zonas del mundo y las coloniza. Si no hay colonización, no hay imperialismo. Pues bien, las ciencias del hombre, en Francia y en otros lados, no se han dejado subyugar por la historia. Continúan ignorándola. Por más que se les grite, por más que se les reproche, siguen ciegas y sordas a la lección de la historia.

Podría poner muchos otros ejemplos. Desde hace tiempo me une una amistad con Claude Lévi-Strauss. Lo admiro y lo estimo mucho. Pero Claude Lévi-Strauss, desde el momento en que lo conocí —y lo conocí cuando tenía 25 años, o sea hace cuarenta años— Lévi-Strauss estaba cerrado completamente a la historia. No sabe lo que es la historia y no quiere saberlo. Descubrió una especie de acertijo, de adivinanza, al distinguir entre sociedades frías, que no tienen historia, y sociedades calientes, que sí la tienen, como si la historia tuviera necesidad de calor para desarrollarse. Esto es evidentemente inexacto. No se puede decir que las sociedades frías tienen como historia “el mito” y que las sociedades calientes, al ya no tener mitos, han encontrado un sustituto en la historia; esto son juegos de filósofos. Yo no soy filósofo y Claude Lévi-Strauss lo es demasiado para mi gusto. De hecho, no hay ninguna sociedad, primitiva o no, que no tenga una evolución y una historia.

No vayan pues a creer que los *Annales* (con Lucien Febvre, Marc Bloch y yo mismo) han podido martirizar a las ciencias del hombre. Las ciencias del hombre han permanecido cerradas para nosotros. Entramos, pero nos quedamos solos en la casa, ¡y uno solo no puede crear colonia!

Señoras, señores, ya les he hablado demasiado de mí mismo y de ciertas ideas mías. Quisiera ahora hablarles de los *Annales*, cuya experiencia he vivido desde dentro. Les tengo que decir que me parece más simple que a los que la ven desde fuera. De todas maneras, soy sensible al extraño destino de tal revista.

La revista de los *Annales* fue fundada en Estrasburgo, en 1929, por dos profesores, entonces poco conocidos, Marc Bloch y Lucien Febvre: estaban profundamente vinculados el uno al otro, y sus despachos en la Universidad eran contiguos. Los primeros *Annales*, de 1929 a 1939, fueron los más brillantes, los más inteligentes, los mejor dirigidos y los más innovadores, de toda su larga serie. Ahora bien, tuvieron a lo sumo trescientos o cuatrocientos lectores. No digo que esto no sea nada, pero ciertamente no es gran cosa. Pues bien, si los *Annales* se convirtieron, a pesar de sus principios tan modestos, en una especie de epidemia intelectual, cabe pensar que fue necesario cierto número de circunstancias excepcionales. No era suficiente que Lucien Febvre y Marc Bloch fueran muy inteligentes y muy combativos, como lo eran. A decir verdad, no dejaban de discutir y de reñir entre ellos. “Los hermanos enemigos”, los llamaban las gentes que no los querían —y felizmente eran muchos, y no lo digo en broma, pues no se logra un papel importante sino cuando se cuenta con suficientes adversarios. Es cierto se pelean constantemente; Lucien Febvre era capaz de escuchar durante horas y no decir nada, pero al día siguiente escribir cartas espantosas; en cuanto a Marc Bloch, era capaz de soportarlo todo. Él tiene buen carácter, mientras que Lucien Febvre, de acuerdo a sus cartas, casi siempre se equivoca de manera magnífica. Pero no basta con ser hermanos enemigos, o ser hombres sumamente inteligentes, para tener éxito. Ha debido suceder alguna otra cosa.

En efecto, los *Annales* fueron durante mucho tiempo un pequeño grupo revolucionario en espíritu; más aún: un grupo hereje. Los *Annles* tuvieron en su contra a casi toda la Universidad francesa. No se pueden ustedes imaginar lo que significaba, para Marc Bloch y para Lucien Febvre, que se encontraban al margen del hexágono francés, en Estrasburgo, la hostilidad de esta Universidad, que era ante todo la hostilidad de París. Quizás se puede vivir, universitariamente, en los Estados Unidos, con la hostilidad de Nueva York; pero en Francia, con su centralización, la hostilidad de París es una condena en buena y debida forma.

Las cosas no cambiaron hasta después de la segunda guerra mundial, después de 1945. Y

cambiaron dramáticamente, puesto que Maro Bloch murió en condiciones heroicas y atroces. Lucien Febvre jamás halló consuelo de esta pérdida y jamás encontró otro hermano. Sí encontró hijos. Pero, intelectualmente, se vive de los hermanos. No voy a decir “abajo los hijos”, pero con los hijos se establece otra clase de diálogo. Lucien Febvre estuvo terriblemente solo hasta el fin de sus días.

Y es en el momento en que queda reducido a sí mismo que la situación cambia, de manera curiosa. En 1947 —cuando yo era uno de los jóvenes directores de los *Annales*— tuvimos la oportunidad de fabricar la Escuela de Altos Estudios, o más exactamente, la Sexta Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios. Una aventura fantástica. No sé dónde se encuentra Eric Hobsbawm en esta sala, pero hablo un poco para él. Suponte, Eric, que se te hubiera dado la posibilidad, cuando tenías 40 años, de fundar la London School of Economics a tu gusto. Confiesa que esto hubiera significado algo terriblemente interesante para ti. Suponga, Immanuel Wallerstein, que su *Review*, su ambiciosa *Review*, lograra fundar en Binghamton una Escuela de Altos Estudios con un centenar de profesores especialistas en ciencias humanas. Le sería de lo más útil para la redacción de su revista.

Pues bien, no crean ustedes que fundamos la Escuela de Altos Estudios, Sexta Sección, porque éramos inteligentes. La fundamos porque teníamos mal carácter. La Universidad quería marginarnos. La Sorbona se nos había cerrado. Tan es así que Lucien Febvre y yo fuimos remitidos a los honores del Colegio de Francia, el Colegio de Francia, donde no hay estudiantes. Así no éramos nocivos. En cuanto a la Escuela de Altos Estudios, no era una Escuela que tuviera derecho a conferir títulos, como las Facultades. Estábamos en situación inferior. Éramos como el garage, lo cual suscitaba la hilaridad de la gente de planta. La fundación de la Escuela de Altos Estudios no inquietó lo más mínimo a la Universidad tradicional; más bien la hacía feliz, porque encontraba dicha escuela profundamente ridícula.

¿Acaso no admitíamos en la Escuela de Altos Estudios a gente sin título, gente a veces extranjera a Francia, reclutada únicamente por el talento que demostraba? Teníamos un sistema de reclutamiento de un liberalismo extraordinario, un reclutamiento, debo decirlo, que se alimentaba de ese simpático proletariado intelectual que existe en todas las grandes capitales. Fue con todos estos elementos disparejos que hicimos la Escuela de Altos Estudios, y cinco, seis o siete años más tarde la gente se dio cuenta de que nosotros éramos la única institución viva. Y nos convertimos, sin que nadie lo percibiera claramente, en la organización maestra de las ciencias humanas en Francia, con una irradiación considerable hacia el extranjero.

Mi colega y amigo K. Pomian habló de la influencia de los *Annales* en Polonia. Pero no solamente los *Annales* dejaron sentir su influencia en Polonia, sino también la Escuela de Altos Estudios. Tengan en cuenta que ahí recibimos a un millar de becados polacos; no está nada mal. Tuvimos éxito en diversas líneas de acción, tanto en lo que respecta a la Escuela como a los *Annales*. La Escuela, en efecto, acogía a numerosos profesores extranjeros, lo cual en aquella época era rarísimo en Francia: Lucien Goldmann nació en Rumanía; Julien Greimas, uno de los grandes lingüistas de la época, en los países bálticos; el mejor especialista de la historia de China, Etienne Balasz, nació en Budapest; el más grande de nuestros psicoanalistas se llama Devereux, y a pesar de su nombre de sonido francés, nació también en Hungría. Ruggiero Romano y Alberto Tenenti son italianos los dos. Nuestro mejor especialista de la India, Daniel Thorner, lo encontramos en los Estados Unidos, pero lo perdimos prematuramente. y en el cuerpo administrativo de la Escuela, mi más íntimo colaborador, desde hace treinta años, Clemens Heller, nació en Viena. Actualmente es el animador eficaz de la Casa de las Ciencias del Hombre. Así fue como abrimos la Escuela de Altos Estudios a reclutamientos “anormales”. A la Universidad francesa no se entra más que con los galones reglamentarios. Pues bien, la gente sin

galones y sin estrellas que recibimos en la Escuela de Altos Estudios ha logrado la grandeza y la influencia de la Escuela.

Sin embargo, el liberalismo no es solamente una política con respecto a las personas, sino una política con respecto a las ideas, y voy a insistir mucho en esto: los *Annales* jamás se cerraron a ideologías que no nos gustaban. Eric Hobsbawm, con razón, ha presentado el problema de las relaciones de los *Annales* con el pensamiento marxista. De hecho hemos aceptado el pensamiento de Marx, la problemática marxista, como si Marx hubiera defendido su tesis de Universidad en 1867 con *El Capital*. Esta idea no les ha suscitado sonrisas, y se equivocan, porque si él hubiera defendido su tesis en la Sorbona o ante una universidad inglesa, hubiera sido un gran escándalo. Así pues, nosotros aceptamos el pensamiento marxista entre otros. No lo hemos usado como credo ni como marco de referencia, pero no lo hemos marginado. Más de lo que ustedes piensan, en un país como el nuestro y tal vez en todos los países del mundo occidental, las ideas de Marx han penetrado en profundidad. No existe ningún intelectual, ni en los Estados Unidos ni en Francia, ni en Alemania, ni en Inglaterra ni en España, que no esté imbuido por el vocabulario de Marx y, como las palabras no llegan nunca solas, por el pensamiento de Marx. No es pues sorprendente que nos hayamos entendido bien con algunos marxistas ingleses, que hayamos trabajado muy bien con marxistas polacos, y mejor aún con los marxistas italianos; hemos aprendido mucho los unos de los otros. Ninguna barrera nos ha separado de los marxistas franceses.

Señoras, señores, antes de dejar los *Anuales*, quisiera señalar un último hecho importante. Lo que los ha llevado a través del mundo, ha sido también la cultura francesa. Si el mundo acepta ciertos puntos de vista dominantes en el plano económico, los puntos dominantes de la economía nunca coinciden, por una especie de regla establecida, con los puntos de irradiación cultural. Cuando Venecia domina el Mediterráneo, Europa e Italia, cuando se hincha de riqueza, por muy interesante que sea, no es el centro de la civilización. El centro de la civilización es Florencia, y es Florencia la que da a Italia su lengua, el dialecto florentino, que pasará a ser el italiano. Cuando el centro económico del mundo está en Holanda, a pesar del crecimiento maravilloso de la pintura holandesa, el centro de la cultura europea no está en Amsterdam. Cuando Londres llega a ser el centro del mundo, a pesar de la deslumbrante calidad cultural de la Inglaterra del siglo XVIII. Londres no tiene la supremacía intelectual. Ésta pertenece a París. De hecho, y esto es muy importante, Francia siempre ha perdido su candidatura a la dominación económica y política. Y sin embargo no fue por falta de ganas. Tuvimos a Luis XIV, pero Luis XIV no logró entrar en Holanda. Tuvimos la revolución francesa y a Napoleón. Llegamos hasta Moscú, pero finalmente tuvimos Trafalgar y Waterloo. Nunca hemos ganado la competencia económica y política, pero a veces hemos ganado la competencia cultural sin haberlo buscado. No crean ustedes que se logra la posición de “alto-parlante” cultural porque uno es más inteligente que los otros. Creo que de los países europeos, después de 1945, el más inteligente ha sido Italia, y con mucho. Italia, con su literatura, su cine, su arte. He hablado algunas veces del Siglo de Dino Buzzati. Se podría hablar del Siglo de Italo Calvino. Pero ser el centro cultural del mundo no corresponde a un mérito, sino a una situación de hecho. Francia ya no es el centro cultural que fue antes de 1939, pero sigue siendo un “alto parlante”, y este alto-parlante, la difusión francesa, ha servido enormemente a los *Annales*. Me entenderán mejor si abro un paréntesis. Incidentalmente se ha hablado del gran historiador polaco, del más grande historiador viviente, desgraciadamente enfermo, que se llama Witold Kula. Sus libros han sido traducidos al francés y al italiano. Francamente, Witold Kula es mucho más inteligente que yo, pero cuando habla no tiene alto-parlante. Cuando yo hablo dispongo del alto-parlante francés, un poco deteriorado, pero todavía en funcionamiento. Éste da al pensamiento francés una dimensión suplementaria, aun

cuando no la merezca. Si Witold Kula hubiera nacido en París y yo en Cracovia, las situaciones se hubieran invertido y los papeles aparecerían de una manera más justa.

Señoras, señores, no he hablado de mí más que para hablar mejor de los *Annales* y no he hablado de los *Annales* más que para hablar mejor de la revista, del pensamiento de Wallerstein y del futuro de su actividad y del centro que él dirige. Hablando de las condiciones del éxito de los *Annales*, he estado pensando constantemente en las condiciones del éxito de la *Review* de Immanuel Wallerstein. Por lo tanto creo que puedo darle consejos precisos. En primer lugar, y esto es un hecho, ¡no tiene un hermano enemigo! Es necesario que él se busque lo más rápidamente posible un hermano cinco o seis años más joven que él y que sea contestatario, si quiere triunfar como triunfaron los primeros *Annales*. Cuando Lucien Febvre desapareció, en 1956, yo estaba tan solo como él y no encontré un hermano enemigo. Tenía un hermano mayor en la persona deliciosa de Ernest Labrousse. Pero Ernest Labrousse es un hombre con el cual es imposible disputar o discutir. ¡Uno no puede disputar con él, porque él lo quiere demasiado a uno, y no se puede discutir, porque él apenas si lo escucha a uno! Uno habla y habla, y él piensa en otra cosa. Aunque yo no he tenido el hermano que debía tener, yo le aconsejo vivamente a Immanuel que lo busque, quizás a través de un anuncio apropiado en los periódicos: un hermano enemigo que pueda ayudarlo en la dirección de la *Review*.

Lo que es inútil aconsejarle es que haga una revista abierta al mundo, no solamente a los Estados Unidos, sino al mundo internacional de la historia y de las ciencias humanas. Esto lo hará seguramente. Sin duda sabe también, pero es preciso que esté convencido, que no hay revista sin una línea firme de dirección, sin un proyecto previo, y me permito insistir sobre este gran problema.

El hecho de que los *Annales* hayan cambiado al pasar de Marc Bloch a Lucien Febvre, de Lucien Febvre a Fernand Braudel, de Fernand Braudel a sus sucesores, creo que está perfecto. En lo que no estoy de acuerdo con mis sucesores es en que no han escogido ninguna línea directriz. Acepto que todo el mundo venga hacia mí, estoy personalmente a favor de una definición de la historia que integre a la vez todas las definiciones de la historia. Yo nunca he hablado mal de la historia tradicional. Me gusta tal o cual libro norteamericano sobre Jefferson, que me ha apasionado. La historia anecdótica no me disgusta. En fin, admiro todas las formas de historia, pero... prefiero la mía. No estoy diciendo que impondría esta visión a mi revista, pero escogería en función de mis preferencias. A Lucien Febvre le gustaba la historia-problema: a mí me gusta la larga duración y cuando tomé la dirección de los *Annales*, fijé la línea según la larga duración. Mis sucesores tienen, es cierto, una tarea difícil. Los *Annales* heréticos, los *Annales* con enemigos, eran maravillosos. Maravillosos porque los enemigos ayudan. Nunca hubiera hecho la Escuela de Altos Estudios sin los enemigos de los *Annales*, que fueron los vientos alisios que hincharon nuestras velas. Sin ellos los que crearon los *Annales*, el éxito de los *Annales*, la Escuela de Altos Estudios. Pues bien, desde 1965 o 1966, ocurrió algo terrible para los *Annales*: ¡ya no tenemos enemigos! Y no tener enemigo es un poco como ser huérfano. He hablado de Georges Gurvitch. Permítanme una anécdota a su respecto. Era tierno y combativo, hablaba con aire feroz de tal o cual adversario: “Yo lo estrangularía”, y naturalmente no hacía nada. Hace tiempo tuvo una ocasión excepcional: detestaba a su rector; lo detestaba a muerte.

Pues bien, pasó una desgracia: el rector se retiró. Veía a mi pobre Georges Gurvitch más triste que las piedras: ¡ya no tenía enemigo! Y buscó, en el mundo universitario, un enemigo sustituto. No pueden imaginar cómo esto llega a ser a la vez cómico y emocionante. Pues bien, digo que mis sucesores tienen una tarea más difícil que la mía, pues los *Annales*, quieran o no quieran, han entrado a formar parte del *establishment*, han llegado a ser un poder, gozan de tranquilidad, no tienen enemigos y esto plantea muchos problemas. No digo que sea necesario comprar enemigos

para simplificar la tarea de los *Annales*, pero es difícil ser herético y ser innovador cuando, de repente se ha llegado a ser de alguna manera ortodoxo.

Le aconsejo pues a Immanuel Wallerstein atenerse a su línea de conducta. Tiene la gran ventaja de haber publicado un libro que está dando la vuelta al mundo, *The Modern World System*. Es ciertamente un libro tan bonito como el *Mediterráneo*, y más nuevo. El *Mediterráneo* ya cumplió treinta años. Es mucho para un libro; incluso es demasiado.

El libro de Wallerstein ya va por su tercera edición inglesa, está traducido al italiano, será traducido al holandés, y a partir de octubre o noviembre lo tendremos en francés. Mi viejo amigo, Frederic Lane, ha escrito sobre él un artículo maravilloso. Por otro lado, este libro le ha valido ya a su autor una bendición preciosa: ¡algunos enemigos!

Y este libro extraordinario es también un programa de investigación. Wallerstein no quiso hacer este programa. Elaboró su libro en función de las dificultades que tenía que afrontar. Él mismo lo dijo: tenía necesidad de encontrar una unidad de referencia, de buscar cuál podría ser la cobertura, el límite exterior del conjunto coherente más amplio existente en el mundo. Pues bien, para él, este conjunto coherente más amplio es el conjunto dado por la economía. En el mundo de hoy, tenemos tres sistemas económicos de este tipo, en lucha el uno con el otro: el sistema occidental, el sistema soviético y el sistema chino. Naturalmente, es el sistema occidental, el que se llama el “mundo libre” con orgullo, el que se encuentra más dotado, porque es el más rico. Cada sistema está siempre centrado en una ciudad, pero no siempre en la misma. El sistema occidental está centrado en Nueva York desde 1929, es decir que en el momento culminante de la crisis de 1929, Europa perdió la supremacía y Nueva York la recibió, casi sin darse cuenta. Cabe señalar que, en la historia de Europa y del mundo occidental, las localizaciones centrales y relocalizaciones se hicieron siempre en beneficio de los puertos. ¿Cuáles fueron los sucesivos centros de la economía que irradian sobre toda Europa? Venecia, Génova, Sevilla, Lisboa, Amberes, Amsterdam, Londres y finalmente Nueva York. Sé que estos ejemplos no son suficientes para crear una ley. Pero, grosso modo, parece que una zona económica bien centrada tiene como referencia un puerto. Ahora bien, los otros dos sistemas están centrados en ciudades interiores, uno en Pekín, el otro en Moscú. Créanme, esto representa una inferioridad.

Pero lo que ha demostrado sobre todo Immanuel Wallerstein es que alrededor de un centro, de una zona económica privilegiada, se van constituyendo aureolas sucesivas, o sea, zonas medianamente dotadas, y al margen, zonas especialmente pobres. Si lo pudiera dibujar sobre el pizarrón, trazaría un primer círculo alrededor de la ciudad central, después un segundo círculo, un tercero, un cuarto o un quinto. y fíjense que esto es muy importante, porque la vida económica no tiene las mismas características, el mismo calor, la misma tensión en la región del corazón, la del centro, que en las regiones marginales. Si nos ubicamos en el pasado, en el siglo XVI por ejemplo, en la región este de Europa, encontraremos servidumbre; si lo hacemos en dirección a América, encontramos esclavitud; si vamos a Venecia, a Amberes o a Amsterdam, estamos en presencia del capitalismo; y ésta es una de las afirmaciones presentes en todo el libro de Immanuel Wallerstein con trazo de fuego: hay coexistencia entre las diferentes formas económicas: el capitalismo, la servidumbre y la esclavitud.

Pero ya se imaginarán ustedes que este esquema no es válido solamente para la vida económica. Es una máquina para explicar la historia entera de la humanidad, las sociedades, las culturas, los Estados y todas las formas de la vida. Incluso la guerra. En el siglo XVI, la guerra verdaderamente moderna fue la guerra alrededor de los Países Bajos, la que llevan a cabo los españoles, que poseen el ejército más perfeccionado del mundo, contra los que van a formar las Provincias Unidas. Fue la guerra sofisticada de aquel tiempo, la guerra de los sitios, del material costoso, de la pólvora, de los cañones; se lanzaron contra una ciudad treinta, cuarenta y hasta

cincuenta mil balas de cañón. Pero esta guerra sofisticada existe sólo en el centro del mundo. No es lo mismo en las guerras coloniales. Un libro reciente explica la guerra que los holandeses sostuvieron en el siglo XVII alrededor de Recife, una guerra que en un principio fue sofisticada entre soldados de Holanda y regimientos españoles (hasta 1640 Portugal estuvo unido a España). Pero los portugueses de Brasil y sus auxiliares indios intervienen como aguafiestas: evitan las batallas en línea, practican la guerra de emboscada, como simios perdidos en la selva... Y finalmente fueron los simios, los pobres, los que ganaron.

Señoras, señores, he terminado. He dibujado un croquis del mundo a lo Wallerstein. Deseo que se obstine en este amplio esquema, que mantenga la *Review* en esta empresa de explicar el pasado y el presente. Pienso, en efecto, que la historia no es solamente una “ciencia” del pasado, sino una “ciencia” de la actualidad. Pues bien, he terminado, o voy a terminar en un momento, pues me falta presentarles mi agradecimiento personal; decirles que ha sido una delicia para mí vivir ocho días en una ciudad estadounidense tranquila, en una Universidad nueva, y en medio de amigos cuya presencia y trato son tan agradables como el sol y los árboles en primavera.

DISCUSIÓN

HOBBSAWM: Como Fernand Braudel me ha mencionado, quisiera decir unas palabras. Está muy bien decir: qué gran oportunidad la de haber tenido ocasión de fundar la Sexta Sección. Pienso que Fernand Braudel tiene razón al decir que, detrás de los *Annales*, detrás de todo lo que hemos discutido, se levantaba esta institución, esta gran escuela de historiadores, esta reserva de talento, reclutada exactamente como él dijo. Pienso que desde fuera podemos apreciar esto, y podemos apreciar lo que significa, en términos de Francia y en términos de otros países. Reclutados entre gente de todos los países, de todos los puntos de vista, incluso de los no oficiales, incluso de los que no eran gratos en sus propios países y que encontraron un refugio en París, en la Escuela, en la Sexta Sección. Pero no cualquiera puede construir todo esto. Quizás mucha gente, en el transcurso de sus carreras, ha tenido la oportunidad de hacerlo. Otros han tratado de crear la oportunidad.

Pienso que aparte de todo lo que se pueda decir acerca de Marc Bloch y de Lucien Febvre, el hombre que en realidad erigió esta institución y la convirtió en el laboratorio de las ciencias sociales en Francia, para irradiar desde este lugar a todo el mundo, es Fernand Braudel. Esto, de muchas formas, además de su gran libro, es un grandísimo logro que para siempre estará asociado al nombre de Fernand Braudel. No creo que sea éste el lugar para discutirlo; no creo que yo quisiera discutirlo, porque me parece que el enorme valor de dicha institución ha residido en su anchura, su universalidad, su apertura al talento. Recuerdo a los primeros historiadores franceses que conocí, con los que me encontré en 1950 durante el Congreso Internacional de Historia; eran en aquel tiempo gente que no tenían una posición académica, casi estudiantes eternos, muy inteligentes, pero de alguna manera o de otra no habían logrado gran cosa. Cuando volví a saber de ellos, estaban en la Escuela Práctica de Altos Estudios, Sexta Sección. Eran gente como el difunto Jean Meuvret, como Pierre Vilar. Eran gente que, en el tiempo en que los conocí, eran exactamente como los ha descrito Braudel, una especie de “proletariado intelectual”. Fue la institución de Braudel, creo que él personalmente, quien descubrió aquella reserva de talento, quien la movilizó y quien la usó para acumular un capital del cual la revista *Annales* todavía en gran medida subsiste y que le permite continuar, a pesar de todas las críticas que ha recibido, incluida la mía, como una de las grandes revistas del mundo actual. La presente ocasión es una celebración y por lo tanto permítaseme un tono de encomio en lugar del tono de la controversia. Esto es lo que pienso sinceramente y digo honestamente.

BRAUDEL: Eric Hobsbawm, permíteme que te responda en seguida. Lo que me dices me emociona, y estoy seguro que es cierto. Pero en cuanto a la elección de los hombres, el que tuvo el mérito más notable fue Lucien Febvre. Él era capaz de escuchar, lo cual no es mi atributo principal, de juzgar con equidad a tal punto que jamás se equivocó sobre la calidad de los hombres y de los espíritus. Tenía además un carácter de una seguridad y de un vigor extraordinarios... ¿Te imaginas lo que significaba para mí tener constantemente a mi lado un padre? No se me podía tocar sin que él montara en cólera vehemente. Recuerdo una discusión en la que yo llevaba las de perder. De repente, oí detrás mío una especie de erupción volcánica: era Lucien Febvre. Con su sentido del combate y su sentido acerca de la calidad de los hombres, fue él la figura excepcional en la constitución de la Sexta Sección.

MELVIN LEIMAN (SUNY-Binghamton): Me gustaría señalar al señor Braudel un punto que ha sido ya señalado por varios marxistas, como yo, durante la conferencia. Me refiero a los puntos de tangencia y de divergencia entre las dos tradiciones. Se ha dicho que la fuerza y los defectos del movimiento de los *Annales* se entreveran; que la fuerza está en el gran respeto por desenterrar hechos con minuciosidad para reconstruir la historia; pero, por otro lado, que no se establece un orden de importancia; o sea, que no se trata de una teoría en la que ciertos hechos se consideren de primera importancia y otros de importancia secundaria. En otras palabras, se ha dicho que no hay una teoría del cambio social, una teoría que trate de explicar tanto las discontinuidades como las continuidades de la historia. Quisiera saber su posición respecto a esto.

BRAUDEL: Querido colega, usted me está planteando varias preguntas. La primera: las relaciones entre los *Annales* y el marxismo. Debería decirse: entre los *Annales* y los marxistas. Los marxistas franceses han escrito siempre en los *Annales*, más aún teniendo en cuenta que ellos no disponían de una revista semejante en el campo de la historia y de las ciencias sociales. Se han sentido con comodidad para expresar sus formas de pensar, incluso cuando a nosotros no nos gustaban. Hemos aceptado siempre la libertad de los autores, e incluso la contradicción con nosotros. Existía una sola restricción: nunca nos comprometimos en la política contemporánea activa. Quizá no es una cosa razonable. Esto prueba el egoísmo de intelectuales ocupados solamente de sus trabajos, así como el sentimiento de que éramos absolutamente incapaces de cambiar lo que fuera en la vida francesa. Ésta es nuestra falta, nuestra inferioridad.

Personalmente voy a publicar un libro sobre el capitalismo. Los marxistas lo van a leer con suma atención. Lo que deseo no es que sean indulgentes, sino que acepten mi punto de vista. Cada vez que he estado de acuerdo con Marx, lo he dicho con gusto. Y cada vez que estoy en desacuerdo soy discreto. Detesto dar lecciones a los muertos. Hay partes de Marx que en mi opinión ya no se pueden defender. Pero yo no pierdo el tiempo diciendo: “Ah, se equivocó en este punto, etcétera...”. No tengo, respecto a él, la posición de Max Weber o de Werner Sombart. Cuando Werner Sombart descubría un error en Marx, se vanagloriaba de ello.

Su segunda pregunta nos llevaría muy lejos. La historia del mundo está hecha de continuidades o discontinuidades. La evolución histórica nunca se cierra completamente. Hay pues cambios de superficie que duran una primavera, dos o tres años. Yo me río de estos cambios. Los que han afectado verdaderamente a los *Annales* son ante todo cambios de generación. Lucien Febvre hubiera podido ser mi padre, yo podría ser el padre de mis sucesores. Son pues cambios normales, pero que a menudo son profundos. Que mis sucesores prefieren estudiar las mentalidades en detrimento de la vida económica, ¡peor para ellos! Por mi parte, no estudiaría las mentalidades sin poner todo en entredicho. Pues yo estoy de acuerdo con Eric Hobsbawm: no existe una historia autónoma de las mentalidades, sino que están vinculadas al conjunto. Creo que mis sucesores no se dan plena cuenta de ello. Dan la impresión —en la medida en que se interesan por las mentalidades— de abandonar ese terreno económico que nos permitía un

vínculo con nuestros colegas marxistas. Yo, que soy promotor de la historia globalizante, no puedo estar de acuerdo con esto. Sin embargo he abandonado los *Annales* a mis sucesores. Son cosa de ellos. ¡A cada generación le corresponde su tarea! Si quiero que los *Annales* sean algo vivo, no puedo obligarlos a permanecer con Lucien Febvre, con Marc Bloch o con Fernand Braudel. Se les tiene que dejar correr.

SAMUEL KINSER (History, Northern Illinois): Quisiera plantearle una cuestión en referencia a su último señalamiento, señor Braudel. Usted habló de un alejamiento de la política y también habló del talento de los jóvenes que usted fue capaz de reclutar después de la segunda guerra mundial. Hace veinticinco años, alrededor de 1950, algunos de nosotros, muy interesados también en lo socioeconómico, fundamos otra organización que llamamos “World”, una ofensiva contra cierta forma de “unimundismo”, en nombre del análisis socioeconómico. Había entre nosotros, en aquel tiempo, una necesidad de politizar lo socioeconómico. Sin embargo, lo que usted nos ha dicho de algún modo implica que lo socioeconómico no implica lo político. Yo pregunto si hubo alguna coyuntura en Francia diferente que en los Estados Unidos, inmediatamente después de la guerra, que usted quisiera comentarnos.

BRAUDEL: Es una pregunta excelente, pero mi respuesta no será buena. Acerca de la sociedad, los *Annales* podrían defenderse de manera vigorosa. Acerca de la política, desgraciadamente usted tiene razón.

Usted tiene razón porque los *Annales* se constituyeron como reacción contra la historia tradicional, que era ante todo una historia política, y nosotros no tuvimos mucho en cuenta al Estado. Sin embargo, personalmente, usted podrá comprobar que en mi próximo libro hago bastante justicia al papel del Estado. Mi colega Michel Foucault, que es, sea dicho de paso, desde el punto de vista de la historia cultural, el único sucesor de Lucien Febvre, está a punto de lanzarse no ya sobre la *locura*, sino sobre el *poder*. El problema es que no es un historiador de oficio; es demasiado acontecimientoalista (*événementialiste*). Pero está fascinado por el *poder*, y yo no sé si esta palabra tiene vigencia actualmente en Estados Unidos, pero la joven generación francesa —política o no política— se bate por y contra el *poder*. El poder, para Michel Foucault, no abarca solamente el aparato político, sino también el aparato cultural, la jerarquía social, las potencias económicas. No es sólo el Estado el que se pone en cuestión, sino toda la red de las fuerzas sociales. De todas maneras, nosotros somos ciertamente culpables, en los *Annales*, de no habernos ocupado suficientemente del Estado y de sus estructuras.

REVEL: Quisiera insistir sobre la cronología intelectual de los *Annales* que Fernand Braudel nos ha mostrado tan claramente, para decir que, detrás de los problemas generacionales, que son verdaderos problemas, y detrás de los problemas de la moda —y la moda no es algo despreciable— creo que de una época a otra de los *Annales*, la continuidad está en la investigación de una comprensión más amplia de la historia social. Lucien Febvre decía que no existía una historia social, porque toda historia era social, y de esto estamos convencidos. Si, entre 1930 y 1960, el acento se puso en las estructuras económicas, no era porque se tratara de explorar un subterráneo, una infraestructura determinante: en el fondo, bien pocos historiadores de los *Annales* de los años cincuenta eran marxistas; pero los problemas que la sociedad contemporánea planteaba a estos historiadores eran problemas de organización y de comprensión económicas. Si los actuales animadores de los *Annales* insisten más sobre los problemas culturales o los problemas antropológicos, quizás es porque nuestra sociedad se siente más incierta sobre su identidad y sobre sus funcionamientos cotidianos. A este respecto diría que el hecho contemporáneo que tan a menudo ha estado ausente de los *Annales*, lo que yo lamento, está entrando por la puerta trasera.

Dicho esto, quisiera retomar una cuestión que le fue planteada hace un momento por nuestro

colega economista, y a la cual no respondí cuando me la planteó a mí el otro día.

Es cierto que los *Annales* no se han preocupado de elaborar una teoría del cambio social. Han priorizado, y es su derecho y quizás su gloria, los elementos estables, las estructuras, los movimientos a largo plazo, seguramente para diferenciarlos de lo que se movía más. Pero acerca de lo que se movía y acerca de los sistemas de cambio, en el fondo no han intentado, o no lo han hecho suficientemente, elaborar una teoría. Dicho esto, pregunto: ¿existen teorías de cambio social? Éste es otro problema que merecería ser discutido más ampliamente. El marxismo es una de ellas, y ciertamente no ha sido el rechazo del marxismo, sino el rechazo de cierta teorización en la historiografía francesa, lo que ha colocado sin duda la cuestión sobre el cambio social en una posición marginal. A este respecto diña que los *Annales* han de aprender mucho sin duda de las investigaciones extranjeras. Ni Eric Hobsbawm ni Immanuel Wallerstein, presentes en esta sala, me van a desmentir.

BRAUDEL: Voy a responder un poco rápido a Jacques Revel. No es necesario defender los nuevos *Annales*. Como ya saben, desde hace diez años por lo menos, yo ya no me ocupo de ellos. Esto no impide que, como todo viejo soldado que piensa en las guerras antiguas, no sea capaz de gruñir, de decir en lo que no estoy de acuerdo. Pero amo la libertad, la de los otros y la mía.

Por lo demás estoy contento de que Jacques Revel haya vuelto a plantear la cuestión del cambio social. Nosotros no hemos formulado ninguna teoría al respecto en los *Annales*, es cierto, pero no creo que esto se deba solamente a mi gusto por las estructuras y la larga duración. La continuidad plantea automáticamente el problema de la discontinuidad y yo discutí este punto interminablemente, y con poca utilidad, con colegas sociólogos, hace diez o quince años. ¿Se puede concebir una teoría del cambio social sin la aportación de los sociólogos? ¿El diálogo entre sociólogos e historiadores es acaso algo maravilloso entre ustedes, en los Estados Unidos? Entre nosotros es un diálogo de sordos. Algunas de mis discusiones con mis amigos sociólogos acababan en una verdadera riña. Guardo el recuerdo de uno de ellos gritándome: “¡Ustedes, los historiadores, que trabajan en la muerte!” Pues ¡eso no! Porque si hay una cosa maravillosa en nuestro oficio, es precisamente que el historiador suprime la muerte y recrea la vida. Yo he vivido cincuenta años, en espíritu, junto a Felipe II. Cada vez que hablo de él, vuelve a la vida. No lo amo, pero lo conozco; y al conocerlo, acabo por comprenderlo.

He tenido las mismas dificultades con los psicoanalistas. ¿Creen ustedes que un historiador pueda discutir algo provechoso con un psicoanalista? Han oído a Eric Hobsbawm: “El psicoanálisis hace un trabajo individual”. Precisamente yo quisiera que pudiera pasar al terreno colectivo y convertirse en una ciencia social. Pero ello no es fácil, a causa, diría yo con parcialidad, de los psicoanalistas. De la misma manera que no es fácil hacer una teoría del cambio social a causa de los sociólogos. Ni unos ni otros quieren escucharnos y se atienen, en el terreno de la historia, a conocimientos rudimentarios. Para ellos el mundo empezó a vivir en 1977. Lo mismo ocurre con la mayor parte de los economistas: no se interesan en el mundo anterior a 1945.

Dos palabras todavía para responder a Jacques Revel cuando afirma que la sociedad francesa actual está sobre todo preocupada por su identidad. Seguramente ustedes piensan que una sociedad tiene preocupaciones sobre su identidad cuando todo va bien para ella. Es un lujo, una enfermedad de ricos. En la actualidad, con la crisis económica, que creo que va a durar, se puede pronosticar que la economía va ciertamente a recuperar sus derechos. La moda cambiará.

WALLERSTEIN: Si he entendido bien, ¿aquellos pocos defectos existentes en el mundo de la historia, residen a final de cuentas en las ciencias que son sus auxiliares, en las ciencias sociales?

BRAUDEL: Escuche, yo no he sido tan malicioso, yo he expresado solamente mi confusión. Por ejemplo, los economistas de hoy día se ocupan de macroeconomía, de contabilidad nacional.

Lo que yo hago en mi próximo libro sobre el capitalismo es intentar aplicar las concepciones de la macroeconomía, del producto nacional, a la Italia del siglo XVI o a la Europa del siglo XVIII. Algunos dirán que esto es espantoso. En todo caso, es difícil. Y en esta aventura, los economistas no me ayudan. Esto no les interesa en absoluto, aunque yo les he mostrado, con o sin razón, algunas probabilidades. Por ejemplo, cuando yo intento calcular el ingreso nacional en el siglo XVIII, me doy cuenta de que Francia está retrasada. Progresa en relación al conjunto de bienes; pero está en retraso en lo que concierne al ingreso *per capita*. Esto me parece importante. Pero es inútil intentar discutirlo con los economistas. Es como pedirle a uno que se dedica a la pesca submarina que hable con un pescador de caña.

NEVILLE DYSON-HUDSON (SUNY-Binghamton): El señor Braudel dijo antes que era un destino terrible el no tener enemigos, porque entonces la gente se engolosina fácilmente con el éxito. Pues bien, nosotros le estamos dando una excelente demostración de la verdad de este aserto esta mañana. Dejen que me desplace desde la gran escala de la anterior cuestión a una mucho más pequeña escala de trabajo. Es cierto que esta conferencia, y en particular esta sesión, es una celebración de la obra de Braudel. Si se trata de una celebración sería de la obra de Braudel, déjenme decir que las cosas que él empezó a hacer nosotros no podemos considerarlas acabadas. Y todo lo que él ha dicho aquí esta mañana debe estimularnos a seguir trabajando. A él no le interesa lo que nosotros pensamos; en un sentido importante, no le *importa* lo que pensemos. Pero seguramente sí le importa que pensemos, y acerca de los mismos problemas a que él se ha abocado.

Así pues, si miramos hacia dónde hemos de ir desde aquí, puesto que seguramente Braudel ya no necesita más palmas, me parece que ya sabemos donde se hallarán algunos de sus enemigos. Serán la gente que nos reprocha el no haber elaborado una teoría sobre el cambio social, por ejemplo, Ahora bien, para muchos antropólogos sociales, a diferencia de los historiadores, no tener una teoría del cambio social es una gran bendición. La antropología está atiborrada de teorías sobre el cambio social: ninguna de ellas se mueve. Las teorías del cambio social han sido aportadas por gente que no maneja muchos datos; y el tipo de historia que Braudel representa es una historia que añade más y más información; y cuanto mayor información poseemos, más difícil resulta formular una teoría del cambio social. El tipo de historia que Braudel hace consiste en rechazar la visión de una sociedad particular, o de una comunidad particular, en beneficio de una visión en perspectiva global. Y conforme estudiemos más sociedades, obviamente será más difícil formular una teoría útil del cambio social que pueda aplicarse a todas ellas.

Creo que si seguimos el consejo que ha dado esta mañana el señor Braudel a Immanuel Wallerstein, de encontrar gente con quien discutir, incluyendo gente cercana —los hermanos son para pelear, como él observó— entonces nos situaremos en un camino correcto, intentando crear, plantear de nuevo la cuestión del primer día, porque no ha estado todavía contestada, y nos ha sido formulada de nuevo esta mañana.

Creo que un buen número de nosotros nos debemos sentir avergonzados de nosotros mismos por no haber contestado esta mañana la pregunta a que nos abocamos con tanta energía el primer día: “¿Qué hay del efecto de escisión en el reciente trabajo de la escuela de los *Annales*? ¿Es algo que hemos de celebrar? ¿Es algo que hemos de lamentar? ¿Es algo que debemos tomar muy en cuenta?” Sobre temas como el de la *mentalité*, ¿debemos responder simplemente que cada generación tiene sus propios problemas y nuestro problema es de las *mentalités*, lo cual es, como sabemos, una respuesta inadecuada? Creo que nuestras diferencias reales de opinión subyacen nuestros enfoques de esta cuestión.

Creo que el camino por el que hemos de avanzar, en este nuevo Centro, espero, en esta nueva

Review, es investigar lo inadecuado del tratamiento de los *Annales* del pasado; esta inadecuación existe simplemente porque, para usar la frase de Braudel acerca de su propio libro, “tiene treinta años y esto es mucho tiempo”; al menos, en una disciplina vital, debe de ser mucho tiempo. Hemos de encontrar ahora los modos en que la vieja conjunción de —digamos— factores ambientales y factores sociales que se encuentra en partes de Braudel y en partes de Le Roy Ladurie, es inadecuada; pero simplemente porque existen tales factores, nos dan una dirección a seguir, nuevas cosas a las cuales aspirar. Hemos de ser capaces de considerar el trabajo sobre la población y las consecuencias sociales, y encontrarlo inadecuado, porque tiene treinta años y porque ahora conocemos más cosas. Conocemos mejor las preguntas que hemos de formular, conocemos más lugares donde acudir en busca de datos. Tenemos mucho trabajo por delante y casi todo muy útil, a menos que se trate de buscar una teoría del cambio social. Y si hay por lo menos este desacuerdo respecto al trabajo que hemos de hacer en los próximos años, entonces seremos capaces de crear enemistades adecuadas para realizar la labor.

BRAUDEL: Los antropólogos me plantean no una sola pregunta, sino muchas a la vez. ¿Cómo responder?

Voy a hablar en primer lugar sobre lo que he dicho, un poco rápido, a propósito de los enemigos. Es preciso aceptarlos cuando gusten y rechazarlos, o sea ignorarlos, cuando no nos convengan. Pero yo persisto en afirmar que un éxito sin discusión es un peligro intelectual, tanto para una revista como para un individuo. ¡Me alegro de que mi propio éxito haya sido tan tardío!

Usted ha presentado con un poco de encarnizamiento, querido colega, el problema del “desmenuzamiento” [*émiettement*] de la “crisis actual de los *Annales*”. Pues bien, déjeme decirle en seguida que los *Annales* han estado siempre en crisis, afortunadamente. La historia viva está siempre en crisis, puesto que es la respuesta que dan los historiadores a las cuestiones que plantea el tiempo presente. El tiempo presente cambia, las preguntas cambian, las respuestas también. Si no me equivoco, ¿no es esto lo que está usted pensando al proponer un programa actualizado de investigación? Mi opinión, sin embargo, es que una investigación no progresa si no se escoge una línea a la vez y si no nos atenemos firmemente a ella. En este sentido, yo estoy contra el “desmenuzamiento”, palabra que proviene de un joven historiador que, por necesidades de propaganda publicitaria, habló de “historia en migajas”; a mí no me gusta esta expresión. Mejor diría que el gran peligro, para una revista, como decía muy bien Lucien Febvre, es que se transforme en buzón de cartas; o sea, que se acepte demasiado fácilmente todo lo que se le propone. Aceptar todo en la conversación, en la discusión, de acuerdo. Pero aceptarlo en la trama profunda de una revista exige un examen. Una vez más afirmo que una revista debe tener una línea de dirección.

En cuanto a la teoría del cambio social, usted piensa que hay que renunciar pura y simplemente a ello. Por mi parte yo no creo que se pueda formular una que sea válida en todas direcciones, pero de lo que estoy persuadido es de que no se puede emprender una investigación, o siquiera una observación válida, sin una hipótesis previa, sin una teoría implícita, aunque después se tenga que abandonar sobre la marcha.

Tomemos un ejemplo. Jean-Paul Sartre dijo que él deseaba “una sociedad donde no hubiera jerarquía, donde el hombre no dependiera más del hombre”. Creo que esto es una utopía, pues no conozco ninguna sociedad, presente o pasada, que no tenga sus jerarquías; no digo una, sino cuatro o cinco, o más. Existe la jerarquía económica: los ricos y los pobres; la jerarquía política: los que gobiernan y los que son gobernados; la jerarquía cultural: los que saben y los que no saben, los que saben leer y escribir y los que no saben leer y escribir; y existe lo que yo llamaría la jerarquía social propiamente dicha: los que son hijos de alguien y los que son hijos de nadie. Claro que a veces es una y a veces es otra la jerarquía dominante. Pero cuando se logra tocar una

u otra de las jerarquías, la sociedad se queda por largo tiempo coja. En todo caso, se puede suprimir una jerarquía, pero no todas a la vez. El régimen soviético, por ejemplo, hizo un esfuerzo desesperado por suprimir la jerarquía económica, pero no ha suprimido ni la jerarquía cultural (todavía hay gente en la Academia de Ciencias), ni la jerarquía política, porque existe la gente del Partido que gobierna, y la otra gente; y tampoco la jerarquía de los hijos de alguien, porque cuando uno es hijo de alguien, incluso en el mundo soviético, tiene mejores oportunidades de éxito, igual que en el mundo burgués.

Resumiendo, esta visión de la sociedad, que no es el fruto de una teoría previa, sino de la simple observación, no deja de proporcionarnos un punto de referencia teórico, pues cuando yo estudio un problema de sociedad, considero todas las jerarquías del medio social implicado, para ver cómo se comportan unas en relación a las otras. De hecho, ninguna investigación puede llevarse a cabo sin un cierto *a priori* teórico, consciente o no. Es de hecho el sentido profundo de lo que Lucien Febvre llamaba la historia-problema.

WALLERSTEIN: Pienso, con pena, que hemos de poner fin. Dije en mis señalamientos de apertura que nos habíamos reunido a descubrir los *Annales*, a celebrar los *Annales* y a aprender de los *Annales*. Yo mismo he descubierto en esta conferencia los *Annales* más de lo que pensaba. Creo que todos hemos celebrado. Si hemos aprendido de todo ello, yo no lo sé. Lo sabremos quizás en el futuro. Clausuro esta conferencia.